

MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO



LARRASPURU



Era Larraspuru el general de más sólido prestigio y de fortuna mejor justificada de cuantos por entonces cruzaban la carrera de Indias. Marino experimentadísimo y ducho como pocos en cuantos recursos exigían los mil azares de su peligroso oficio; de extraordinaria presencia de ánimo en los momentos de mayor peligro, debió á sus peculiares dotes personales y á su valor frío, reflexivo y sereno, los rápidos progresos de su carrera empezada en plan de simple soldado y terminada en la mayor jerarquía cuando, muerto en buena edad, pues traspasado apenas el meridiano de la vida no había empezado aún el período del ocaso, todavía pudo haber prestado a la patria servicios singulares.

Por los días en que se nos ofrece el insigne azcoitiano cobijando bajo su poderosa é inteligente protección los gallardos anhelos del adolescente primogénito del secretario Domingo de Echeverri, hallábase en el apogeo de la popularidad más justamente merecida, gozando, cual ninguno en su tiempo, los alhagos del favor público acreditado en una serie de afortunados viajes y arriesgadas y rapidísimas empresas.

Almirante de la escuadra de galeones del marqués de Cadereyta en conserva de la flota de Tierra Firme, apareció en el puerto de Cádiz con su almirante y un galeón de los que más riqueza conducían por los días mismos en que, angustiado el espíritu público, se tenía por irreparable la desgracia de la total ruina de aquella riquísima flota,

combatida por uno de los más espantosos huracanes con que la pródiga naturaleza tropical suele sorprender los mares antillanos.

He aquí, en síntesis, el suceso.

En la mañana del lunes 4 de Septiembre de 1622, serena y apacible, salía del puerto de la Habana la flota de Tierra Firme del cargo de D. Juan de Lara Morán y de su almirante el infortunado D. Pedro Pasquier, navegando en conserva de los galeones de D. Lope Díaz de Armendariz y de su intrépido almirante Tomás de Larraspuru. En junto, ocho galeones y tres pataches de guerra y diez y nueve naos mercantes; cuando de repente, á la hora de la conjunción, presentóse por el nordeste el fenómeno con extraordinaria violencia, sorprendiéndola en las inmediaciones de la Tortuga y bajos de los Mártires. Cada navío procuró ponerse en estado de defensa, calados masteleros y aferradas las velas, quien á correr el temporal que por instantes arreciaba, quien á resistirlo de mar en través. Vano empeño. Pasaronse las horas del día en lucha tenaz contra los embravecidos elementos y amenazaban los siniestros peligros de una noche tenebrosa, durante la cual, tronchados los arboles y rotos en mil partes el cordaje y la lona, empezaron los naufragios.

Del primero que varó, el galeón Santa Margarita, en uno de los cayos de los Mártires, pudo salvarse la gente. Siguióle Nuestra Señora de Atocha, almiranta de la flota, tan de repente y con tanta violencia que sepultó con su almirante D. Pedro Pasquier y su capitán, á todos los pasajeros del Perú. Ni uno pudo salvarse. Una hora después varó en la Tortuga, sobre un cayo, el Rosario, del cargo del bizarro capitán, Miguel de Echezarreta; y siendo este galeón de quien menos esperanzas se tenían, salvóse, por la pericia de su capitán, la gente y toda la riqueza, incluso la artillería, pues solo perdió una barra de plata de 350 que conducía. Perdióse igualmente una fragata propiedad de los Montieles de Cartagena de Indias, pero Larraspuru acudió al punto y salvó toda la gente. Menos fortuna tuvieron otras tres naos hundidas precipitadamente.

Sin descansar apenas de los quebrantos y fatigas de tan peligroso y accidentado viaje, durante el cual sepultó el fenómeno cuatro galeones y un patache de guerra, y cuatro navíos mercantes con más de mil personas y cuatro millones de plata y mercaderías, dispuso el Consejo de Indias que inmediatamente marchara Larraspuru á las Antillas con mando en jefe de catorce galeones y dos pataches á limpiarlas de ene-

migos. Llegó a la Margarita y espantó de las vecinas salinas de Araya seis navíos holandeses; corrió todo el mar de Caribes, tocó en Cartagena y Portobelo; destacó una división á Jamaica en seguimiento de velas enemigas; limpió las islas menores, sus guaridas, de contrabandistas ingleses, holandes y franceses y juntando, por último, las flotas de Tierra Firme y Nueva España, mediando el mes de Agosto de 1623, entraba de nuevo en Cádiz nuestro afortunado general, cuando aún no se le esperaba, con 32 velas y un tesoro de cerca de trece millones en barras de plata, oro y riquísimos frutos.

Este rapidísimo y venturoso viaje puso el colmo al entusiasmo público, cuando todavía no se había dado cuenta de la justificada alarma en que se hallaba el gobierno en presencia de la mas imponente coalición que hasta entonces se había organizado contra la nación católica.

Holanda, tenaz en destruir el nervio que sostenía y alimentaba por nuestra parte la guerra en los Países Bajos, donde éramos vecinos tan molestos, organizó dos poderosas escuadras con destino al Océano Pacífico y al Brasil, gobernadas por sus más atrevidos almirantes L'Hermite, Jacobo Willekens y Pedro Heyn, para apoderarse de los puertos del Perú, que no llegó á conseguir, y de la bahía de Todos Santos y ciudad del Salvador, que saqueron con feroz impiedad, abarrotando los navíos de incalculable riqueza de joyas y alhajas sustraídas de los templos, y de codiciados frutos con que la compañía distribuyó magnifico dividendo, dando ocasión á que bajo el mando de D. Fadrique de Toledo se juntase una escuadra, fuerza de 52 navíos, con cerca de 1.200 cañones y más de 12.000 hombres; poderoso y extraordinario esfuerzo con que la metrópili salvó por entonces la predilecta colonia portuguesa.

Francia, en inteligencia con los magnates de Italia, se apoderaba al propio tiempo de varias plazas y ponía en riesgo la seguridad de Génova y Milán. Inglaterra, que no perdía ocasión de concurrir al despojo, desairada y herida en el amor propio de su rey Carlos I por el mal resultado de las negociaciones matrimoniales, cuando el Príncipe de Gales aspiró a casarse con nuestra católica infanta D.^a María, organizó un poderoso armamento de más de 100 velas y 10.000 hombres de desembarco con que atacó y puso en grave aprieto la plaza de Cádiz, con afortunado suceso para nuestras defensas dirigidas por el achacoso don Fernando Girón.

Los moros argelinos y berberiscos, infatigables y poseídos como

nunca de odio feroz, infestaban las costas mediterráneas al propio tiempo que asediaban de nuevo la plaza de la Mámora, convencidos de que mientras permaneciera en nuestro poder no había de ser posible desembarazar el puerto de Salé, refugio de los corsarios piratas que acechaban el paso de nuestras armadas de Indias. «Tratabase de una amalgama general en Europa, Asia y Africa—dice el erudito historiador Fernández Duro—que destruyera, que anonadara á la nación católica á reserva de solventar después las diferencias entre partes».

Tal era, á grandee rasgos, la tormenta que se había desencadenado contra España. Y en trances tan apurados se encomendó a Larraspuru que organizara en Lisboa una armada que se elevó á 77 velas, con la que salió al encuentro de nuestras flotas, acechadas por tan considerable número de enemigos, que se llegó a dudar de su feliz arribo á los puertos de la península, causando infinita alegría cuando la vieron entrar en la bahía de Cádiz en guarda de los navíos de Larraspuru.

Nuevo y rápido viaje á las Indias, en escolta de las flotas del Perú y Nueva España, acredita la confianza que llegó á inspirar la pericia de Larraspuru. Regía la primera D. Juan de la Cueva y D. Lope de Hoces la segunda, acechadas ambas por tres respetables escuadras holandesas situadas á la espera en las inmediaciones de la Isla de Cuba, costa de la Florida y seno mexicano.

Sorprender de cualquier modo nuestras flotas y apresarlas era ya el norte de las aspiraciones de aquel pueblo dispuesto á deshacer la especie del encanto que parecía envolver á nuestros galeones de Indias y á demostrar con un golpe de mano, rápido y atrevido, que no eran invulnerales ni mucho menos invencibles. Eran sus almirantes Boduyn Enrique y Piet Heyn, famosos corsarios conocedores de aquellos mares, islas y cayos, donde tenían sus guaridas, como de las propias naves que regían.

Reunidas en la Habana las dos flotas y las naos de Honduras, el 15 de Agosto de 1626 se dispuso la salida convoyándolas los trece galeones de Larraspuru. Convencido Piet Heyn que con semejante escolta regida por general tan esforzado no podría apoderarse de aquel valiosísimo convoy, aunque su escuadra era más potente, dejóla el paso franco; y ya creían nuestros marinos arribar á España sin quebranto, cuando, de repente, un furioso temporal sobre las Bermudas los sorprendió y separó los navíos. El mástil de la capitana de Larraspuru cayó sobre cubierta tronchado por un rayo que produjo la muer-

te de cuatro personas. La almiranta de Nueva España y un patache fuéronse á fondo sin que se pudieran salvar más que 300 hombres; el destrozo en otros galeones fué completo y rezagada la almiranta de Honduras y un patache fueron á caer en poder del enemigo. al fin, el 18 de Noviembre rindieron en Cádiz el viaje.

Nuevo triunfo alcanzado por nuestro infatigable y bizarro general cuéntase en el largo y glorioso catálogo de sus hechos. Organizó escuadra de 35 velas para socorrer á la Mámora, auxiliada el año anterior por D. Antonio de Oquendo, sitiada ahora por ejército berberisco y gruesa armada dueña de la boca del puerto. Las operaciones del sitio estaban dirigidas por ingenieros ingleses; y tan pronto como, median-do el mes de mayo de 1628, se presentó Larraspuru frente a la plaza dispuso el desembarco y acometiendo con extraordinario empuje por mar y tierra al enemigo, se hizo dueño del campo y con un considerable botín de pertrechos de guerra y de cuanto en huida precipitada dejaron abandonado los enemigos, dió por terminada su rápida y feliz expedición.

Estos fueron algunos de los valiosos servicios del general D. Tomás de Larraspuru, bajo cuyas órdenes iba á empezar su aprendizaje marino el futuro Conde de Villalcázar de Jorge. «Favorito de la fortuna —dice Fernández Duro—marinero, constructor, piloto, ascendido por mérito excelente desde soldado á Capitán general de la armada del mar Océano, primera de España; portadora del estandarte real, á cuya vista todos los otros se abatían, señaló la insignia de Calatrava en su pecho el aplauso de las derrotas con que una y otra vez condujo á España caudales del Perú, pasando con pocas naves entre ochenta que en ocasiones le buscaban.» Mereció todas las preferencias del primer Ministro de Felipe IV que le elevó á la suprema jerarquía en sustitución del reputadísimo y acreditado general D. Fadrique de Toledo y Osorio, inicuamente despojado de cuantos empleos y honores había sabido conquistar en una no interrumpida función de guerra y desterrado y muerto, al fin, de pesar, por tan inicuo proceder.

Además del valido, facilitaron a Echeverri los adelantos de su rápida carrera los secretarios de los Consejos, compañeros de su padre, Juan Bautista Saez de Navarrete, Gregorio de Leguía, José de Insausti y Domingo Herrera de la Concha, especialmente los dos últimos con quienes le unieron siempre cordiales vínculos de amistad fraterna. Mostráronse igualmente propicios hacia nuestro joven marino, aparte la

protección de D. Gaspar de Guzmán, que no perdió durante los días de privanza, el conde de Castriello, Presidente de la Junta de Guerra de Indias, el duque de Abrantes, D. Fadrique Enriquez, Consejeros y otros no menos influyentes personajes. Ciertó que Echeverri solía imponerse graves cuidados en todos los viajes que hizo á las Indias, donde los magnates y altos funcionarios de la administración pública poseían pingües encomiendas, sueldos y gratificaciones situados en aquellas cajas que hacían efectivos puntualmente por su mediación; y nuestro marino fué siempre activo y celoso cumplidor de los encargos que se le encomendaban.

Muerto Larraspuru en 1632, el mejor general que, según declaración del propio Monarca, gobernaba sus escuadras, sirvió también Echeverri á las órdenes de D. Carlos de Ibarra, uno más, y de los mejores, en la serie no escasa de famosos generales bascongados de la marina del siglo XVII, á quien debe la historia páginas brillantes; pues el marqués de Caracena fué uno de los que con más crédito, valor y fortuna rigieron escuadras. Puede, por tanto, afirmarse que el futuro conde de Villalcazar de Sirga, en cuantas ocasiones hubo menester los consejos de la experiencia, tuvo la suerte de hallarlos en las personas más justificadas y de mayor prestigio. Larraspuru, Oquendo, Ibarra, Urzua y Arizmendi, famoso almirante nabarro: Izarraga, Isasi, Echezarreta, Sancho de Urdanibia, cuantos marinos bascongados adquirieron legítima gloria, fueron protectores, consejeros, maestros ó camaradas discretísimos de nuestro experto marino.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO

LARRASPURU

(CONTINUACIÓN)

Su ingreso en la carrera, en plaza de Alférez real, tuvo lugar estando en vigor la provisión de 18 de Noviembre de 1626, por la cual S. M., á propuesta de la Junta de Guerra de Indias, dispuso que del mismo modo que se exigían seis años, por lo menos, en servicio activo para merecer el grado de Alférez de infantería española, sin los cuales no podían ser considerados suficientemente prácticos en el ejercicio de las armas, podría con mucha más razón exigirse en la marina á cuantos aspirasen á plaza de Alférez de la carrera para servir en los galeones de la Armada de la guarda de las Indias seis años, ó por lo menos cuatro, de práctica. Prudente y acertada disposición encaminada á conseguir inteligentes y expertos marinos, depositarios de la honra de la patria y conductores de los fabulosos caudales que se transportaban desde las Indias. De estas condiciones, puramente legales, se hizo gracia á Echeverri en consideración á sus sobresalientes disposiciones, á su cultura, poco común, en tan temprana edad, pues ya le eran familiares todos los instrumentos náuticos y matemáticos, el Uclides de Geometría, Rojas de Fortificación, Lechuga de Artillería, las Tablas astronómicas del Rey Don Alfonso y las nuevas Ordenanzas sobre fábricas, de las cuales poseía extensos conocimientos prácticos adquiridos en los astilleros que explotaban sus padres en Pasajes. Sobre estas dotes del entendimiento, sobresalía en él aquella virtud social, la cortesanía que, según expresión felicísima de Vargas Ponce, todo lo razona y hace insinuantes y amables las sólidas y fundamentales virtudes.

Su primer viaje á las Indias fué accidentadísimo. Salieron los galeones de Cádiz muy entrado el año de 1628 y en Cartagena pasaron larga invernada de seis meses. Embarcó en la almiranta de Miguel de Echezarreta, á cuya mesa fué haciéndole su infortunado almirante muchas finezas y prodigándole sanos y prudentes consejos sobre la vida de á bordo, especialmente en cuanto al juego, pasión á que desde las primeras navegaciones á Indias, se entregaban, durante tan largas travesías, capitanes y soldados y marineros y aun los propios generales. Pero Larraspuru lo prohibió en absoluto en sus navíos y aquel año no llegó á jugarse ni un real siquiera, según expresión de Echeverri.

Era Virrey del Perú el marqués de Guadalcazar, quien con cuantas precauciones le aconsejó la experiencia, despachó puntualmente la Armada del Sur á la celebración de la feria de Portobelo, donde como de ordinario, se recibieron los caudales que á ella concurrieron y los quintos del Rey y terminado el registro de la plata y frutos regresó la Armada á Cartagena en espera de mejores avisos de los que se tenían sobre la situación de las escuadras holandesas que acechaban á la espera el paso de nuestras flotas.

Allí se supo poco después el desastre de la de Nueva España en conserva de los galeones del cargo de D. Juan de Benavides Bazán, apresada en el puerto de Matanzas por el almirante holandés Piet Heyn; y como era la primera armada de Indias que los enemigos sorprendían cayó como una bomba la noticia. del suceso en todos los dominios del Key católico.

Con tamaño desastre, originado por inadvertencia y apocamiento del general, que por él perdió la vida en el cadalso, no solo se privó España de las naves y tesoros que conducían, Lino que deshecho el encanto que rodeaba y á todas partes seguía á las armadas de galeones portadoras de los codiciados caudales del Perú y Nueva España, descendió nuestro ya mermado prestigio de una manera lastimosa. «Lo de Nueva España no es para escrito—decía Echeverri á su padre en carta desde la Habana á 7 de Enero de 1629—pues ha sido la mayor pérdida que ha tenido España, tanto en hacienda, pues se llevó el enemigo de siete á ocho millones, como en reputación, pues no se gastó libra de pólvora. Todo está cual Dios lo remedie, pues hombres de cien mil ducados amanecieron pobres.»

Hecha por Larraspuru toda suerte de prevenciones y apercebidos los galeones á la defensa del tesoro que conducía, el 24 de Febrero salió

de la Habana por derroteros desusados, burlando al enemigo que, mucho más poderoso, pretendió cortarle el paso. Antes de dar la vela hizo merced á Echeverri de una plaza de entretenido que vacó por haber quedado en la isla D. Luis de Paredes, caballero del hábito de Santiago, que la servía con Cédula de S. M. Dispuso que embarcara en la Capitana sirviendo en plaza de Alferez real, y así vino á la mesa del general, de quien recibió particulares mercedes; y sin novedad digna de mencionarse, mediando el mes de Abril, rindió la armada el viaje en Cádiz.

Sin esperar á su general que quedó allí durante los enojosos trámites de la visita, partió inmediatamente hacia Madrid, siendo su primer cuidado visitar al Conde duque con un presente de 24 libras de chocolate que le costaron 48 pesos, pues el desastre de Matanzas y el apresamiento de la flota de Nueva España había encarecido aquel año el artículo. Dió minuciosa cuenta á su padre de todos los accidentes y de sus gastos personales durante el viaje, aconsejándole al propio tiempo que con cualquiera ganancia vendiera el galeón construido en Pasajes al duque de Maqueda que lo solicitaba, «pero con buenos fiadores, porque sinó sería muy bellaca venta,» y que pusiera mano en la fábrica de otro, porque con pocas naos como entonces había y muchas guerras, aunque se corría la contingencia de que el Rey echara mano, por embargo, de los vasos, siempre quedaba la esperanza de venderlos á buen precio.

«Yo, señor, decía á su padre, acudo mucho á palacio, más que solía. Todos los días asisto al cuarto del Duque a la hora que se levanta y luego, á la una, al cuarto de mi señora, que come con el Duque y á las diez á la cena. Todos me han recibido muy bien, y anteanoche me hizo el Duque muchas preguntas, así de la jornada como del general y Capitán y de la pérdida de las naos de Nueva España, delante de mi señora y sus hermanas y muchos títulos, caballeros y criados de la cena. A todo respondí con el mayor tiento que pude, más de una hora; y dijo el Duque se holgaba mucho que diera tan buena cuenta y relación de todo. Y después me dijeron que había dicho, luego que salí yo, que no había gente como la vizcaina y muchas cosas en mi favor.»

Por estos días salió para Guipúzcoa su general Larraspuru á descansar, aunque por corto tiempo, de los trabajos pasados y á reponer la salud seriamente quebrantada, no sin prevenir á Echeverri se fuera

preparando, que volvería luego para salir de nuevo por Septiembre para las Indias.

«Ayer—decía á su padre—despidiéndose (el general) de mi señora le pidió el primer aviso para mí y la concedió; y hoy delante de su señoría, me dijo el Duque si quería embarcarme con D. Fadrique. Yo le respondí que sí, y mi general replicó que no quería que navegara con otro, y el Duque dijo que le parecía bien. Así será fuerza embarcar con su señoría, de lo que me huelgo mucho.»

Pocos días después se despedaba á favor de Echeverri la Real cédula que sigue:

«El Rey.—Mi capitán general de mi armada de la guardia de la carrera de Indias. D. Juan de Echeverri me ha hecho relación que á imitación de sus pasados me ha servido de Alférez real de esa Armada y que este último viaje vino sirviendo uno de los entretenidos de ella, suplicándome que para que pueda continuar mi servicio os mandase que no se embarcando en el viaje que este presente año ha de hacer por la plata mía y de particulares alguno de los entretenidos propietarios, le nombrases en su lugar. Y habiéndose visto por los de mi Junta de Guerra de Indias, lo he tenido por bien, y os mando que quedándose en estos Reinos alguno de los entretenidos de esa dicha armada, nombreis en su lugar al dicho D. Juan de Echeverri y le hagais asentar la dicha plaza y que se le acuda con los treinta escudos que tiene de sueldo al mes desde el día que aquel se quedase y cesase y él fuese recibido hasta el que volviese del dicho viaje. Que así es mi voluntad, y que desta mi cédula tome la razón D. Juan de Castillo, mi secretario y del registro de las mercedes y mi vehedor y contador de la dicha armada. Madrid 5 de Julio de 1629. Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor.—Andrés de Rojas.»

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)

NOTA.—Al cerrar estas páginas se están celebrando los Concursos de agricultura y ganadería y Juegos florales en Irún.

Siguiendo la costumbre establecida, les dedicaremos el número próximo.

MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO

(CONTINUACIÓN)

Tras larga y enojosa preparación del viaje, partió nuevamente de Cádiz la armada de Larraspuru y después de una travesía trabajosa por los mil peligros que por todas partes amenazaban nuestras flotas, llegó á Cartagena y Portabelo, de donde, celebrada la feria y embarcado un riquísimo registro de cerca de ocho millones de pesos de oro y plata y gran copia de frutos, se hizo á la vela con diez galeones y un patache con rumbo al puerto de la Habana; pero enterado por sus cruceros que el enemigo, con fuerza que se hacía ascender á ochenta velas salidas de Holanda, se hallaba sobre el Cabo de San Antonio, mudó la derrota y navegando por la costa meridional de Jamaica y Santo Domingo, remontó el rumbo, burlando á quienes tenían segura la posesión de tan riquísimo tesoro. El viaje fué rápido y provechoso y se celebró en la Corte con fiestas lucidísimas librándose 208.000 reales para limosna de 110.000 misas, según anotó León Pinelo en el Registro del Consejo de Indias.

Cumplió Larraspuru la promesa que hizo á la Condesa protectora de Echeverri, confiando á éste, no obstante sus pocos años, el mando del patache que despachó á España con pliegos y gratas noticias del viaje. Llegó Echeverri á Cádiz y sin tomarse el menor descanso partió para la Corte á donde llegó el 25 de Diciembre de 1630 sin sospechar los funestas noticias que le esperaban.

Su padre, Domingo de Echeverri, había llevado á la Corte comisión de su provincia para tomar parte, encre otras cosas, en los proyectos de la Junta del Comercio dirigidos, con escasa fortuna, á ensanchar el nuestro y anular el de las provincias rebeldes. Creada dicha Junta en 1.º de Diciembre de 1622 con el exclusivo objeto de «atajar los inconvenientes que resultan de que los holandeses metan sus mercadurías en mis Reinos», dispuso el Rey que se reuniera la Junta en casa del Marqués de Montesclaros concurriendo D. Diego de Ibarra,

D. Juan de Villela, Gobernador del Consejo de Indias, el Conde de Gondomar y Meno de Mota del Consejo de Portugal. Las providencias tomadas fueron de tan escasa eficacia que no llegaron á satisfacer sino á los mismos contra quienes se dictaron; por lo cual quiso en esta ocasión presidir el Conde Duque la nueva Junta compuesta de D. Francisco de Tejada, Presidente efectivo de ella, el Marqués de Castrofuerite, Bartolomé de Anaya, del Consejo de Guerra, José González, del Real, Mendo de Mota, del de Portugal, el Padre Salazar, un Padre Agustino, el Padre Cano, de Santo Domingo y otro de la misma orden y el Secretario Coloma. A ella concurrió Domingo de Echeverri con su acreditada experiencia y con todo aquel especial interés que ponía en los asuntos que pudieran afectar á su provincia, á quien daba cuenta de los acuerdos que se tomaban, absurdos en su mayor parte. Entre otros, que no llegaron á tener realización, se mencionan los adoptados en principio para la creación de varias Compañías, á imitación de las que en Holanda se habían constituido con la denominación de Compañías de las Indias Orientales y Occidentales, cuyo poderoso influjo originó la ruina de nuestro antiguo poderío.

Una de ellas, la principal, para las Indias Occidentales, invitando á cuantos quisieran impone: sus capitales. El Rey entraba con un millón sin representar más que otro partícipe cualquiera por su persona, renunciando sus regalías y empeñando su fe y palabra real de que en ningún tiempo ni en ningún caso sacaría de la Compañía interés alguno, sino el que le correspondiera por su puesto cuando los demás cobraran el suyo, de tres en tres años. Otra Compañía para levante por el Mediterráneo, con asiento en Barcelona. La del norte en Málaga. La de la India Oriental, Costa de Guinea y Brasil, en Lisboa. Y por último la de Terranova, en la que especialmente estaban interesadas las provincias bascongadas, sobre cuya constitución y aportación de capitales informó Echeverri contando en sustancia que siendo árdua la materia convenía «se hiciera mejor en nuestras mismas provincias comunicándola con quienes tuvieran más practica de la que mostraban en aquellos negocios los individuos de la Junta.»

Dada por fenecida su misión en la Corte ó quizás por sentirse enfermo, que es lo más probable, tomó Domingo de Echeverri el camino de Guipúzcoa en unión del Doctor Fernando de Goitia y de un pajecillo de corta edad por toda compañía. Se detuvo en Valladolid con su entrañable amigo el P. Fr. Pedro de Liaño que apuró todos

los medios que le sugirió su cordial amistad para que permaneciera allí algún tiempo mientras convalecía. Hasta llegó á solicitar el Padre Liaño y obtuvo la litera del almirante de Castilla en que pudiera continuar Echeverri su viaje á San Sebastián con más comodidad. Pero no hubo fuerzas humanas que lo detuvieran. Conociendo quizás que se acercaba el fin de sus días y no pensando más que en verse cerca de su familia, sin despedirse siquiera del P. Liaño, partió de Valladolid sin arredrarle el furioso turbión de agua y granizo en que se deshizo á la misma hora de la partida una plomiza y densa nube.

A pocas leguas, pasado Burgos, sintióse con tan supremas angustias que seis horas después de llegar á Bribiesca, lunes, 8 de Julio, entregó su alma á Dios después de recibir los auxilios espirituales, pero sin haber podido concluir de ordenar su última voluntad, hallando sepultura provisional en el Convento de San Francisco.

«Señora—decía D. Juan Echeverri á su madre—el segundo día de Pascua llegué á esta Corte con las más alegres nuevas que España podía esperar; pero como el mundo es tan vario en sus cosas duró muy poco en mí con las tristes que me esperaban. Sea Dios bendito, pues así se acuerda de nosotros. Vm. lo llevará como quien sabrá bien ajustarse con la voluntad de Dios, que es lo que se debe hacer, pues todos somos criaturas suyas y mañana será lo mismo de nosotros. Señora, mire Vm. y considere bien los chiquillos que quedan, y no nos queda otro consuelo que el de Vm. (que es bien grande); que si Vm. no mira por su salud ¿qué será de nosotros? Vm. tiene valor, prudencia y cristiandad. Confieso que todo será menester para pérdida tan grande y para repararnos de la flaqueza en que hemos quedado tantos hermanos y hermanas. Yo como el más obligado adelantaré mis pocas fuerzas para ello.»

«Desde ayer que el Conde de la Puebla me dió las tristes nuevas no he salido de casa; pero el Conde, mi señor, y el Consejo y Su Majestad todos me prometieron se tendría cuidado de hacerme merced. Pienso que no dejarán de hacérmela, pues otros años, con venir antes correo, suelen hacer merced á los que envía el General. Yo he sido dichoso en que ningún correo de los que despacharon de Sevilla me alcanzara, lo que no se ha visto muchos años há; y así por el primero pienso y lo tengo por cierto me harán merced. De lo que hubiere avisaré á Vm. con el que viene. A Vm. suplico no deje de escribirme luego, pues será el consuelo que me queda; y con esto acabo suplicando

á Vm. mire por su salud que es mirar por la de tantos chiquillos. De Madrid á 28 de Diciembre de 1630 Humilde hijo de Vm. D. Juan de Echeverri.»

En consideración á los servicios prestados en el anterior viaje y á las gratas noticias del mismo que trajo, el primero, á la corte: calmando con ellas los temores que de ordinario se despertaban en el espíritu público hasta el feliz arribo de las flotas de Indias al puerto de Cádiz, fué propuesto para Capitán del Patache de la Margarita, el mejor de la Armada. Dicho navío, que solía ser de corto tonelaje, separábase de la conserva en cierto paraje con el situado de Araya en todas las ocasiones de galeones y derivando hacia el sur llevaba socorros á los presidios de toda aquella costa, desde la isla de la Margarita hasta Santa Marta y Cartagena, donde de nuevo se unía á la flota, visitando las pesquerías de Cubagua y Cabo de la Vela, codiciadas de los Corsarios y contrabandistas que las visitaban con harta frecuencia, especialmente las salidas de Araya, donde fraudulentamente y por la fuerza, casi siempre, cargaban de sal los holandeses sus navíos.

La merced no podía ser más señalada, para tan corta edad y servicios tan escasos, pues solo había hecho dos viajes. Pero nuestro joven marino era tan animoso y mostraba tales deseos de distinguirse, que ahogando ahora en su pecho la pena que le produjo la muerte de su padre, dejó de ir á San Sebastián a recibir el consuelo de llorar en el seno de su animosa madre aquella desgracia y marchó á Cádiz donde sus deberes le llamaban. «Me hallo señora, muy perplejo; pues por una parte se me hace muy cuesta arriba el embarcarme sin ver á Vm. y por otra me fuerza la reputación de qué dirán aprestándose mi patache no asistir yo sino muy lejos de él; cosa que parece tan mal, y más en mí que con tan pocos servicios personales, pues no he hecho más de dos viajes, me fían el cuidado que requiere el mejor patache de la armada».

Se organizó la nueva expedición con el doble intento de convoyar la flota de Tierra Firme y perseguir á los espumadores, entrando en su composición unidades de resistencia suficiente al propósito de buscar y atacar al enemigo que infestaba los mares antillanos. Las órdenes á Larraspuru en este sentido fueron terminantes, y enterado en alta mar al abrir los pliegos en que se le daban instrucciones, á ruego de Echeverri, que deseaba no separarse de su general en las ocasiones de pelea, dispuso que una tartana con 12 hombres fuera por las perlas de la Margarita y que el patache quedara al servicio de la escuadra.

Como más velero navegó en descubierta y á fines de Julio se aparto de la Armada, á la altura de Guadalupe, tras un corsario de doce cañones por banda, á quien dió alcance y con gran osadía, habiendo perdido su vista el convoy que quedó haciendo aguada en la isla, se emparejó con el enemigo empeñándose en un combate desigual que se prolongó hasta las horas de la noche en que muy maltratado mudó el adversario su derrota, amaneciendo Echeverri con su navío desaparejado. Prosiguió su navegación á Santa Marta, con los tercios de la gente enferma y muchos muertos, donde debía esperar la armada que llegó al otro día y juntos salieron para Cartagena, con veinte hombres menos, muertos y oleados, y él mismo incapacitado por fuertes calenturas, con tiempo tan recio que á más de la suya desarbolaron dos naos, entre ellas la capitana del cargo de D. Antonio de Isasi, perdiendo la conserva de la flota. Siguió á Cartagena y á dos leguas del puerto, en la isla de Barú, dió el navío en los arrecifes y se estrelló salvándose todos en los árboles y vergas y permaneció en el cayo durante quince días hasta sacar la artillería y habiéndolo conseguido pasó á Cartagena desahuciado, donde estuvo más de veinte días en cama y apenas convalido volvió á embarcarse con su gente y artillería para Portabelo en otro patache que le dió su general. De regreso á Cartagena con la plata salió toda la flota para la Habana navegando delante para reconocer los cayos, y entrando en medio de ellos les entró un norte tan fuerte que fué dicha escapara cada uno por donde pudo. El grueso de la armada llegó á la Habana, donde se tuvo por segura la pérdida de Echeverri, quien con tres navíos más de los menores arribó de nuevo á Cartagena, uno desarbolado y los demás haciendo mucha agua, siendo el suyo el más descalabrado. Aderezado del mejor modo que pudo, sin esperar á los otros, volvió á salir en busca de la armada, pasando otras dos tormentas peores y entrando por último en la Habana rendidos de fatiga, donde halló á su general. El año fué desdichadísimo, porque entre los destrozos de las dos flotas de Nueva España y Tierra Firme se perdieron más de tres mil hombres, doce millones y cinco naos grandes, sin otras muchas pequeñas.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO

(CONTINUACIÓN)

Llegado á España se le hizo merced del hábito de Calatrava y tuvo la honra de que el Duque de Ciudad Real mostrara deseos de armarle caballero, «que aunque no es nada para lo que merece, decía D. José de Insausti á D.^a Mariana de Roves, es principio para que le veamos ocupar los puestos que sus servidores deseamos y muy presto podamos dar á Vm. la enhorabuena de una muy grande encomienda; porque todos en esta casa queremos al Sr. D. Juan tiernísimamente más que a hijo y Vm. le tiene el más honrado caballero y de mayores partes y esperanzas que hay en toda nuestra provincia.»

Nuevos viajes a las Indias con varia fortuna y siempre con crédito de nuestros sufridos, y por días más escasos, galeones de la plata, cuyos capitanes no aspiraban ya sino á procurar conducirlos en salvamento de los caudales que se les confiaban burlando con hábiles maniobras al enemigo que creció en pujanza al paso que la debilidad se iba apoderando de nuestras ya enflaquecidas fuerzas, depararon á Echeverri, en puesto de Capitán de galeones, ocasiones de mostrar las excelencias de su espíritu observador, sacando de aquellos sucesos y de las penalidades de la navegación enseñanzas provechosas: traducidas en informes luminosos que dirigidos al Consejo de Indias le valió en 1636 la capitania en propiedad de una compañía del tercio antiguo de galeones.

Aquel año fué infausto para las flotas de Indias, combatidas hasta por la naturaleza con encono tal que desde entonces fué conocido entre la gente de mar por el *año de las tormentas*. Salieron de Cádiz en 26 de Abril los galeones del cargo de D. Carlos de Ibarra y celebrada la feria de Portabelo volvieron convoyando la armada de Tierra Firme, divididos por temporales tan fuertes que, después de la almi-

ranta, entraron en Cádiz por Noviembre tras de haber navegado casi derrotados por completo.

«En este viaje—decía Echeverri á su madre—he tenido pocas horas la camisa enjuta ni comido cosa caliente, corriendo siempre á la misericordia de Dios.»

Con su compañía del tercio y acompañado ya de su hermano Domingo en puesto subalterno, sirvió con reputación y crédito en mar y tierra. Embarcó de nuevo con su compañía en la almiranta en principio del año 1637 y después de un viaje penosísimo, tanto como el anterior, desembarcó en Cádiz por Diciembre, hallando orden de pasar á la raya de Portugal á donde marchó y estuvo de operaciones al frente de tres compañías.

En 29 de Abril de 1638 salió de la bahía de Cádiz la armada de galeones del cargo de D. Carlos de Ibarra convoyando los navíos marchante de Tierra Firme, por almirante, D. Pedro de Ursua y Arizmendi, navarro de pura raza, «señor de los palacios de los mismos nombres y de la baronía de Oticoren, capitán general más adelante de la armada de la guarda de la Carrera de Indias, premiado por el Rey con la dignidad de su Consejero de Guerra y los títulos de Vizconde de Ursua y Conde de Gerena». Mandaba uno de los galeones el capitán Sancho de Urdanivia, la compañía del tercio, en la almiranta, D. Diego de Egüés y Beaumont, de antigua prosapia navarra y, para no citar más que nombres basco-navarros, diré por último, que otro de los galeones iba á cargo de D. Juan de Echeverri, á quien acompañaba su hermano Domingo.

El viaje de ida se hizo sin novedad; pero de regreso á España conduciendo los cuantiosos tesoros de la feria de Portobelo y los registros de gran suma de caudales, cerca de las costas de Cuba, á la vista del Pan de Cabañas, descubrióse, en la mañana del 30 de Agosto, por barlovento, desde el tope del galeón Regla, una tras otra hasta diez y siete velas enemigas. Era parte de la escuadra holandesa organizada en Pernambuco, donde, al fin, habrían echado raíces los batavos, dirigida por el famoso corsario Cornelio Jolls, conocido entre los nuestros con el nombre de *Pie de Palo*, por haber sustituido con otra de madera la pierna que había perdido en uno de los diversos combates en que se hallara, en su ya no corta carrera de piratería contra nuestras flotas de Indias. Era poderosa la del almirante holandés, con capitana de 50 cañones y tres naos con tres andanadas de artillería y así las demás por

esta guisa, comparada con la de Ibarra que disponía solamente de siete navíos de guerra no bien pertrechados y faltos, como de costumbre, de la gente necesaria. El primer combate al abordaje fué reñidísimo; todo el grueso del enemigo, hambriento de despojos, embistió, en proporción de cuatro, tres y dos contra uno, á nuestra Capitana, Almiranta y a los galeones de Echeverri y Urdanivia.

Entrar al abordaje, con fuerzas tan superiores, á los galeones que más señales mostraban de autoridad y rendirlos, era tanto como apoderarse de toda la flota, que codiciaban, sin que escapara vaso ni carga. Pusieron por obra el propósito y la Capitana enemiga, con tres navíos, atacó á la nuestra y su almiranta, después de ofender con otros dos navíos á la que dirigía D. Pedro de Ursua, volvió hacia nuestra capitana dándola a la vez una carga por sotavento. La del pirata repitió con otras dos y cinco veces la puso fuego, rompiéndola la caña del timón y pinzote. Quedó hecha una boya, herido el general, tres criados muertos y otros tantos heridos, el maestre de la plata, el capitán de la artillería y hasta cincuenta más.

A la almiranta abordó el enemigo por barlovento con la suya, tan juntas, que su cebadera barria nuestro lombés. Echóla un apero, que no tuvo efecto, sembrando la muerte las diversa descargas de mosquetería. Dos navíos más, uno por la popa, sin los que entraban y salían de refresco la pusieron en grave aprieto. Pero al fin pudo zafarse rechazando al adversario, desaparejada, sin vela de gavia, roto de un disparo el palo trinquete, cayó al agua dejando sin movimiento á la nave que se quemaba por muchas partes, muerto su capitán Bartolomé de Rivera y D. Nicolás Larraspuru con nueve más y cuarenta heridos incluso el almirante en un brazo.

Dos nuevas acometidas, aunque á distancia, rechazadas por los nuestros, pues comprendieron cuán dispuestos se hallaban los galeones á perecer hundidos en el agua antes que cayera la plata en su poder, persuadieron al enemigo que aquel tesoro se hallaba en buenas manos. Y después de celebrar consejo varió de rumbo y nos dejó el mar libre.

El destrozo fué inmenso en las dos escuadras, debiéndose al arrojo y serenidad de los jefes el que los nuestros, maltratándolos duramente y matándoles los primeros cabos, se hicieron dueños del mar y que, aun cuando con sensibles pérdidas, llegara, bien que dispersa, algún tanto, nuestra armada á España, después de haber invernado y reparado averías en Vera Cruz, á donde llegó un aviso de España con los des-

pachos del hábito de Calatrava para Echeverri, que se puso en el convento de Santo Domingo con mucho concurso de gente y aplauso de toda la armada.

El gentil hombre que con aviso del suceso envió D. Carlos de Ibarra á S. M. trajo la noticia de que el galeón de Echeverri peleó tan particularmente de los demás que, después de matarle cuarenta hombres, le abrió el enemigo á balazos, siéndole forzoso sacar la plata y entrar en Cabañas á salvar la gente y artillería; y no quedando de ningún servicio lo quemaron.

Sin duda confundieron el navío de Echeverri con el de Urdanivia, que fué según las relaciones que se conocen, al que pusieron fuego; aunque también, por el mal estado en que quedó el de Echeverri hubo precisión de sacarle la plata.

Se dió al suceso en España extraordinaria importancia y tanto como merecía le dió la Côte, que acudió magnífica y fastuosa á dar gracias á Nuestra Señora de Atocha, ofreciendo limosnas por muchos millares en misas cuando se recibió el aviso de que las dos flotas de Tierra Firme y Nueva España, conductoras de enorme tesoro de dos años, habían rendido viaje en Cádiz. Como que, empeñadas todas las rentas desde el año anterior se vivía del crédito con interés crecidísimo á cuenta de aquellas remesas de Indias

Sin perder momento, ni para descansar siquiera, dispuso que aquellos maltratados galeones, tal como habían llegado, se agregaran á la Armada del Duque de Nájera, en la que sirvió D. Carlos de Ibarra el cargo de Almirante general con promesas de espléndidas mercedes; y no habiendo llenado en Venecia el fin á que fué organizado aquel armamento pasó á las Costas de Cataluña, bloqueadas de las escuadras francesas, y contribuyó en gran manera á la recuperación del castillo de Salces rendido poco antes con escasa resistencia á las fuerzas del Príncipe de Condé.

Siguió Domingo de Echeverri al lado de su hermano Juan que mandaba el mismo galeón que tan bizarramente se portó en Cabañas peleando con los de Cornelio Jolls, y al que hubo de sacársele la plata por lo maltratado que salió del combate. Saltaron los dos hermanos á tierra con la gente de la Armada á reforzar el ejército sitiador, sufriendo las mil penalidades de un invierno crudísimo y las que iban siendo ya propias de aquellas campañas, más famosas entre las tropas que por los resultados favorables de otros tiempos, pues la fortuna nos tenía

ya vuelta la espalda, por las privaciones de todo género que llegó á sufrir nuestro ejército, en quien las enfermedades y la hambre, según expresión de Echeverri, hicieron más estragos que las balas.

Allí acabó sus días y terminó bruscamente su peregrina historia el valeroso general D. Carlos de Ibarra, sin haber gozado las mercedes que se le ofrecieran por los méritos que contrajo en el combate de Cañas. «Mi general D. Carlos ha muerto—decía Echeverri á su madre —y ha sido á tiempo que me ha hecho olvidar la muerte de Larraspu. Sea Dios bendito por todo. Vino acá (á Salces) con nosotros y se mojó la noche que vino el enemigo; dióle el mal y pasó á curarse á Barcelona», donde entregó su alma á Dios el 22 de Noviembre de 1639.

Rindióse la fortaleza, al cabo, y en principios de Marzo siguiente, de regreso la Armada á Cádiz después de asegurada la posesión del Castillo, sorprendióla entre Almería y Málaga un espantoso temporal. Se hicieron extraordinarios esfuerzos para salvarla, yéndose á pique tres galeones y dos pataches; garraron la *Concepción* del cargo de Sancho de Urdanivia y el galeón *Regla* en que iba D. Juan de Irraya. Al de Echeverri, maltratado como ya estaba y agujereado de la broma, pues salió de Rosas con seis palmos de agua en la bodega, llegó á faltarle cuatro cables, manteniéndose, milagrosamente sobre el último, cuando el patache de la Margarita, garrando también, se le echó encima con extraordinaria violencia rompiéndole el bauprés. Escupió varias costuras, tragando dos palmos de agua por hora, sin gente útil que diera á las bombas y tan rendida que apenas podía mandar marear una vela, con más de cien hombres enfermos, En tan extremo peligro se resistió Echeverri á mandar cortar los árboles, á que formalmente fué requerido por los demás oficiales.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO



(CONTINUACIÓN)

Solo su arrojo y sangre fría pudo salvar el navío, con admiración de cuantos presenciaron sus hábiles maniobras. Salvóse también el Marqués de Torrecuso, preso con su hijo en el galeón San Mateo, del cargo de D. Gaspar de Caraza, de una muerte segura, pues un golpe de mar lo arrojó a las encrespadas olas, costando extraordinarios esfuerzos al intrépido capitán Caraza recogerlo medio ahogado de aquel horrible hervidero de espumas. Por su arrojo y pericia recibió el capitán Echeverri calurosas felicitaciones del general Duque de Nájera, que lo recomendó con eficacia á la Corte, á donde marchó con licencia tan pronto dió fondo en Cádiz su galeón.

En 5 de Mayo, antes de emprender nuevo viaje á Cádiz donde le esperaba el apresto de uno de los mejores navíos de la flota de Tierra Firme que se organizaba bajo la dirección del general D. Jerónimo Gómez de Sandoval, escribió á su madre larga carta en que, entre otras cosas que acreditan sus ventajosas condiciones morales, decía que no habiendo resultado bueno el anterior retrato, le remitía otro hecho por el pintor del Conde Duque. De donde se deduce que debe existir un retrato de D. Juan de Echeverri hecho por el coloso de la pintura D. Diego Velazquez de Silva. Le acompañaron sus hermanos Domingo y Jacinto, aquél con plaza de Alferez Real y éste con la de cabo de Guzmanez con nueve escudos de sueldo al mes.

Llegaron á Cádiz el Jueves, día de la Ascensión, y, con los galeones fuera de carena, hallaron apretadas órdenes disponiendo que todos los cabos hicieran pleito homenaje de no llevar ni traer en sus naos

cosa alguna, pues se tenían noticias de que los capitanes permitían embarcar en sus galeones los artículos más codiciados en las Indias que vendían con pingües ganancias. Se negaron todos á prestar el juramento y dejaron sus puestos. Nuevas órdenes más blandas no tuvieron eficacia y en la tercera se les pedía por piedad que continuara cada cual en su sitio disponiendo la brevedad del viaje. Esto no obstante, llegó el mes de Julio y cuando más descuidados estaban se presentaron tres Oidores en la Armada, que hicieron pesquisa y registraron hasta los últimos rincones. Y eso que las cosas habían venido ya muy á menos, tanto que cada capitán se encargaba de sufragar los gastos de su galeón. Echeverri en este viaje hubo menester solo para el matallotaje más de dos mil pesos, y no teniéndolos se vió obligado á vender su plata.

Se componía la Armada de diez galeones de guerra y un patache. Su general D. Jerónimo Gómez de Sandoval y Almirante D. Pedro de Ursúa. General de la Flota D. Luis Fernández de Córdoba y Almirante Asensio de Arriola. Sancho de Urdanivia mandaba la nao *Gallega*, Echeverri el galeón *Cueva*, la urca el capitán Zabala y el patache Juan de Illarraya. Dieron la vela la noche del 21 de Julio y al amanecer, disipada la niebla, vieron que con viento largo se acercaban en son de combate veinticuatro navíos de guerra y doce de fuego. Era la armada del Marqués de Bresé, salida de la Rochela tan cautelosamente que no se tuvo noticia hasta que con su inesperada presencia sorprendió á nuestros galeones que navegaban descuidados.

Como tenían el barlovento fué fácil á los franceses utilizar sus navíos de fuego, poniendo espanto en nuestros marineros que se arrojaban al mar, prefiriendo ahogarse á perecer abrasados. El combate fué porfiado, sublimándolo los franceses como ellos solían hacerlo. Solo perdimos el galeón *San Juan* y con él su capitán Marqués de Cardenosa y el patache que se sumergió. Distinguiéronse notablemente Sancho de Urdanivia y D. Juan de Echeverri, pues mientras sostuvieron el combate, la flota, aprovechando la ocasión, volvió al puerto, siguiéndola los galeones, con crédito, cuando llegada la noche suspendieron los enemigos la pelea.

Este contratiempo ocasionó nuevo retraso en la salida de la Armada, por falta de dineros con que reparar las averías y sustituir las naos perdidas. Las que quedaron se hallaban con el tercio menos de gente y al mediar Agosto faltaba ya la mitad; y eso que el Rey dispuso die-

ra toda la suya, si fuera necesario, la Armada del Océano. A tan lamentable extremo llegó el apresto de nuestras armadas y tales responsabilidades se exigían a los generales que por no consentir el Gobernador de Cádiz, Duque de Ciudad Real que el de Maqueda, general de la del Océano, echara en tierra un bando, se desafiaron, dándose de cuchilladas en el camino del Puerto de Santa María al amanecer del 18 de Agosto

El primero salió con herida en la cabeza y el de Maqueda con estocada en la barriga, que se reputó de grave. «La causa ha sido bien leve—decía Echeverri á su madre—y así le culpan á Maqueda de haberle desafiado que Ciudad Real nunca pudo dejar de aceptar.»

En el entretanto, el Consejo de Indias mostraba la preocupación que á tantos embargaba, por el retraso en la salida de los galeones, transmitiendo al general y almirante órdenes severas unas, otras suplicantes, para que aceleraran la salida; y queriendo conocer al pormenor los medios más rápidos que se podrían emplear en el viaje de regreso, sabiendo que Echeverri tenía hecho derrotero especial de todos los pasos en los caminos de Indias, D. Fernando Ruiz de Contreras, á nombre de la Junta de Guerra, le pidió relación particular de la navegación que pudiera hacerse desde Cartagena y Portabelo para desembocar por el paraje de Caicos y tiempos del año más propios para ello. Sin pérdida de momento envió Echeverri un derrotero completo y minucioso con todas las particularidades necesarias de tiempos del año en que se debía salir, corrientes de agua, surgideros y sus fondos, bajos y alturas, etc.

Terminado por fin el apresto con mil trabajos, salió la armada el 23 de Septiembre y con feliz viaje y muy favorable y útil retorno volvió el 30 de Junio de 1641 con grandes precauciones por el peligro de caer en manos de la escuadra luso-holandesa que pretendía interrumpir nuestras comunicaciones por el Atlántico. Contra ella se aprestó en Cádiz otra de algún respeto por el Duque de Ciudad Real, y, formando parte no escasa de la misma los galeones de Indias del cargo de D. Pedro de Ursúa, es de presumir que por esta circunstancia y por tener con el general tan íntimas relaciones, concurriera Echeverri á aquel hecho de armas que tanto contribuyó al crédito de Ciudad Real, porque derrotadas las dos escuadras combinadas, dejó libre á nuestros galeones el camino de las Indias.

Pero donde se nos muestra con más enérgicos relieves el espíritu organizador de Echeverri es en la campaña de 1642.

Teníase por cierto en la Corte y no sin motivo que los franceses se aprestaban con suma diligencia y con enormes elementos de guerra terrestres y marítimos á proseguir la de Cataluña y que hasta su propio Monarca trataba de tomar, al frente de sus ejércitos, la dirección de la campaña, dando así á la insurrección catalana más calor del que desgraciadamente tenía. Confiaban en que, como á Portugal, á quien tanto apoyo habían prestado conseguirían disgregar aquella provincia de la Patria española. Esta fué por entonces, antes y aun mucho después la política francesa. Los momentos eran críticos en extremo y fué necesario afrontarlos con ánimo sereno y resolución enérgica, organizando ejército de tierra y aprestando á la vez armada capaz de medirse con las enemigas.

Para dar más autoridad al suceso dispuso el Conde Duque de Olivares dirigir las operaciones con un soberbio alarde de omnipotencia, despachándose título de teniente general del Rey.

Se aprestó en Cádiz, bajo la dirección de su gobernador, Duque de Ciudad Real, con mando en Jefe, armada que se hizo ascenderá treinta y un navíos, dos fragatas y tres pataches, seis navíos de fuego, seis tartanas y treinta y cinco barcos luengos. Es de notar la especial organización que se dió á tan importante armamento. Por lo pronto dispuso el general que nuestro inteligente marino embarcara en la capitana. Era D. Juan Alonso de Idiaquez y Robles soldado valeroso y en más de una ocasión había dado pruebas inequívocas de que, como general, sabía dirigir un ejército. Pero ajeno á los azares de la mar, ni él mismo tenía confianza en sus presuntas dotes marineras. Se la inspiraba en cambio muy cumplida su joven capitán de banderas, en quien se había ya despachado título de gobernador del Tercio de galeones. Le conocía perfectamente, pues se trataba del hijo de Domingo de Echeverri, de aquel leal servidor de su abuelo y aun vivía doña Mariana de Rober, su madre, mujer excelente, por cuyas manos corría aun la administración de una gran parte de los estados y caudal del prócer. Nada tiene, pues, de extraño que conociendo las sobresalientes condiciones que atesoraba Echeverri sometiera á su notoria capacidad una gran parte del plan de la árdua empresa que se le había confiado.

Las órdenes recibidas de la Corte eran terminantes: destruir, aniquilar las armadas francesas y meter los socorros en las plazas sitiadas. Para lo primero, aunque con notable inferioridad numérica, pues no se pudo evitar que la armada francesa del Océano embocara el estrecho

de Gibraltar y se uniera á la del Mediterráneo, tenían ánimos nuestros marinos, como que casi todos habían peleado á las órdenes de Oquendo y de Ibarra y aun estaba fresco en la memoria el recuerdo del combate de Cabañas contra duplicadas fuerzas aguerridas y curtidas, cual los holandeses, considerados á la sazón por los mejores marinos del mundo. En su virtud: adoptaron el más seguro, breve y expeditivo plan de combate, atacar al enemigo al abordaje. A él obedeció la organización de la Armada en ocho escuadras de tres navíos cada una y siete sueltos, como reserva para acudir adonde más comprometidas estuvieran nuestras fuerzas. Tenian puestos en ellas los Almirantes don Juan de Irraraga, D. Tomas de Echaburu, Juan Miguel Balaqui, Pedro de Oronsoro, el capitán de mar y guerra Esteban de Echaniz, Juan de Salazar. Tomás de Mundaca mandaba la fragata *San Fernando*, Cristóbal de Salinas y D. Antonio de Verastani navíos de fuego. Por Almirante general el intrépido Sancho de Urdanivia. Es indiscutible que, desde el Capitán general, D. Juan Alonso de Idiaquez, casi todos los puestos importantes de la Armada iban á cargo de marineros bascongados. Veedor general, D. Juan de Otañez, futuro suegro de Echeverri con quien á la sazón no le unía vínculo alguno de amistad y Proveedor, D. Luis de Oyanguren.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)

